



CARISMA Y MISIÓN ECLESIAL DE ADRIENNE VON SPEYR

2ª Conferencia del VII EFCSM 2012

Mons. D. José Miguel Gómez Rodríguez
Obispo de Líbano-Honda (Colombia)

© 2012. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

CARISMA Y MISIÓN ECLESIAL DE ADRIENNE VON SPEYR

El inicio del tercer milenio de historia del cristianismo ha sido interpretado, celebrado y vivido de muy diversas maneras, desde diversos puntos de vista y con los más variados acentos. Algunos, desde su fe, lo han propuesto como tiempo de una nueva primavera para la iglesia mientras que otros, por fuera, lo ven como el tiempo del "nuevo orden mundial" en el que por fin se establecerán el pluralismo anhelado por una supuesta mayoría de civilizados y la consiguiente unidad de la raza humana en un mundo globalizado y uniformemente pensado en función de una paz única como fruto de consensos filosóficos, éticos, políticos, económicos y hasta religiosos. Esta visión secular parece haber cobrado más fuerza que nunca y avanza con ritmos insospechados ganando espacios y lesionando las esperanzas de quienes no logran superar un cierto maniqueísmo.

En este contexto, el cristianismo aparece como fenómeno complejo que pretende tener muchas de las respuestas pero incapaz de incidir sobre la situación general como quizá quisiera hacerlo. Enfrentamos una crisis particularmente dolorosa que, aunque evidentemente no es de la institución sí podría considerarse institucional en amplio sentido. Los lenguajes no son relevantes y las doctrinas no tocan la existencia, los códigos son despreciados y las formas tradicionales puestas en duda, y parece cundir una incapacidad de aferrarse a lo que se predica: que la Iglesia vive de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, que el martirio es la forma original del sí de los cristianos, que la alegría verdadera es un don de Dios que puede vivirse cuando se viven los ideales del Evangelio predicado por Nuestro Señor Jesucristo y que las instituciones que el mismo Señor estableció pueden y deben entrar, a la par con las personas que las conforman en procesos de sincera conversión.

Sin embargo, las grandes corrientes de pensamiento que influyen sobre esta delicada situación y los resultados del avance de estas nuevas mentalidades, nos ponen frente a un problema más dolorosa que brota de lo que se quiere furibundamente imponer en las sociedades actuales es que hay un grave desfase entre las aspiraciones y las realizaciones del hombre y del mundo modernos. En efecto, entre más se desgastan unos en hablar de libertades y de derechos, en grupos más supuestamente olvidados por la civilización cristiana, más esclavitudes y más totalitarismos aparecen. Unos cultivan inoperantes maquinarias pacifistas mientras que otros solapadamente promueven la lucha de clases en los ambientes más imperdonablemente ingenuos. Y ahora todos pelean sin saber por qué, todos opinan sin entender lo que construye a la personal humana y todos quieren que los problemas sociales se resuelvan por el compromiso de terceros, en el mejor de los casos pagados para gobernar a los primeros.

He aceptado con gusto el difícil compromiso de presentar el carisma y la tarea de Adrienne van Speyr porque considero que esta teóloga y médica suiza, nacida en la Chaux-de-Fonds en mil novecientos dos y fallecida en Basilea en mil novecientos sesenta y siete, puede darnos herramientas de Iglesia muy importante para encontrar soluciones profundas a toda la problemática rápidamente delineada hasta aquí. En el espíritu de Una Primera Mirada a Adrienne von Speyr, que enhorabuena aparece en español, más a partir del testimonio y de la vivencia que de la investigación científica de las fuentes, me permito presentarles algunas ideas que tienen por objetivo invitarlos a leer este nuevo libro de la Fundación Maior y a continuar, a partir de ese punto de partida, su conocimiento de Adrienne, quien seguramente seguirá sorprendiéndolos a cada paso y ayudándoles en su seguimiento personal y comunitario de Cristo Jesús nuestro Señor.

1. Anotaciones previas

Antes de tratar de intentar siquiera un esbozo ligero de tema tan complejo e interesante como el del carisma de Adrienne, esperando que lo que podamos decir sirva de abre bocas a los más interesados, conviene citar a propósito unas palabras del Padre Hans Urs von Baltasar: *Inmediatamente después de su conversión comienza a derramarse sobre Adrienne una verdadera catarata de gracias místicas, como un huracán de movimientos vertiginosos, sin orden alguno aparente y simultáneamente en todas las direcciones.*¹

Estas gracias, que desbordan cualquier codificación posible, son los elementos objetivos sobre los cuales deberíamos tratar de pensar el carisma de Adrienne. Y al considerarlas "objetivas" hacemos opción por una comprensión de las mismas en y a partir de la Iglesia. Efectivamente, la misma Revelación nos enseña que los carismas son gracias dadas por Dios a los individuos con el objetivo de hacer crecer a la comunidad cristiana.² Si bien es cierto que, subjetivamente, las personas mismas se enriquecen con estos dones, la verdad más profunda, que no pocas veces el Señor oculta a los propios interesados, es que se trata de gracias que finalmente tienen que ver con la misión que Dios encomienda a cada uno. En este sentido, la Iglesia ha desarrollado mucho su concepto de los carismas y ha descubierto cómo discernirlos desde diversos ángulos o fueros, desde los más discretos como son la Confesión y la Dirección Espiritual, hasta los más públicos como son la teología y los juicios oficiales. En cualquier caso, el carisma es un don de Dios que beneficia a la Iglesia y cuya autenticidad ella puede y debe discernir.

En el caso de Adrienne, la autoridad del mismo Padre Balthasar puede servirnos de criterio objetivo de evaluación. De hecho, son tantas y tan extraordinarias las gracias que ella recibió, que resulta impactante que el elegido para colaborar con esta mujer excepcional haya sido precisamente él, un teólogo de formación tan rigurosa, con vastos conocimientos de la patrística y de las corrientes doctrinales clásicas y modernas, de cuya seriedad nadie ha dudado. Él da testimonio de haber observado con el mayor cuidado posible todo el desarrollo de este carisma desde cuando conoció a Adrienne en el otoño de mil novecientos cuarenta, siendo él capellán de estudiantes en Basilea.

A este encuentro siguieron veintisiete años de estrecha colaboración..., más de quince de los cuales, por motivo de la atención de la comunidad secular fundada por los dos, *viviendo bajo el mismo techo.*³ Estos años de conocimiento permiten al Padre Balthasar hacer las siguientes afirmaciones: *Como su confesor y director espiritual, observé su vida interior, de manera minuciosa y atenta... y nunca me surgió siquiera una mínima duda acerca de la autenticidad de su misión, ni sobre la manera como ella la vivió y me la comunicó a mí con sinceridad y discreción infinitas.*⁴ Con estas frases queda entregado a la Iglesia uno de los elementos más valiosos que se pueden tener al momento de emitir algún juicio oficial sobre la autenticidad del carisma de Adrienne.

Y a este testimonio ya tan claro, el gran teólogo agrega algunos comentarios llenos de humildad que demuestran, de manera práctica, la profundidad de su convicción: *Tomé algunas de las decisiones más difíciles de mi vida, como mi salida de la Compañía de Jesús, siguiendo su consejo, y procuré adaptar mis puntos de vista sobre la revelación cristiana a los de ella. Si esto o hubiese sido así, aunque Adrienne efectivamente no haya*

¹ Hans Urs von Balthasar: A first Glance at Adrienne van Speyr. Ignatius Press, segunda impresión, 1986, pág. 33.

² Para una teología bíblica de los carismas puede comenzarse por 1Cor 12-14

³ *Ibidem*, pág. 11.

⁴ *Ibidem*., pág. 13.

*tomado parte en su elaboración, varios de los artículos que aparecen en Ensayos de Teología y, sobre todo, la perspectiva fundamental de Gloria, nunca hubiesen llegado a existir. Hoy, después de su muerte, su obra me parece mucho más importante que la mía, y la edición de sus escritos aún no publicados tiene precedencia sobre todo trabajo mío personal. Y termino esta larga cita con una afirmación que sirve de conclusión a lo que venimos diciendo: Estoy convencido de que, cuando estén disponibles todas sus obras, quienes tengan el encargo de emitir algún juicio van a estar de acuerdo conmigo acerca de valor de las mismas y se unirán a mi acción de gracias a Dios por haber dado tales gracias a la Iglesia de nuestro tiempo.*⁵

No obstante, sobre todo por la variedad y la novedad de tantos de los carismas de Adrienne, Balthasar sabe que muchas de las realidades que presenta son hechos que desbordan los criterios racionalistas y psicoanalistas del momento y que muchos tal vez intenten negar o hasta ridiculizar estas gracias, o quizá suprimir banalmente la participación de ella en la reconocida enorme obra teológica suya. Por eso, enfrenta posibles contradictores dejando en claro que existe una misión común de ambos, con mutuos influjos cuya proporción es difícil de determinar, pero que debe ser tenida en cuenta para cualquier ensayo de comprensión. Con toda sencillez asegura que él recibió más de ella que ella de él. Y como por evitar que se separen las dos misiones, escribió un libro⁶ en el que trata el tema y establece que su obra tiene como primer objetivo la fundación de una comunidad de vida consagrada secular; segundo, la difusión de la obra de Adrienne para la formación de su instituto secular y para bien de la Iglesia; y sólo en tercer lugar, la publicación de su obra teológica, siempre con la intención de servir a los consagrados y a la Iglesia.

De esta manera ponemos algo de base a un tema que tiene toda la belleza de lo que es simple y complejo a la vez, pues así como sabemos que nos vamos a enfrentar con la imposibilidad de sistematizar esa "catarata de gracias místicas" que recibió Adrienne después de su conversión, de la misma manera nos vamos a encontrar con una tarea que irradia de la única fuente de todo amor, la Trinidad Eterna. Lo haremos siempre con la ayuda del testimonio de quien fue elegido para compartir con ella una misión teológica y eclesial, quien en su introducción al *Libro de Todos los Santos dice: La publicación... de las obras más propiamente místicas de Adrienne (obras Póstumas) revelará el centro radiante de esta misión completamente inusual, quizá incluso incomparable. A pesar de que los temas que se presentan... se ramifican en diversas direcciones y pueden parecer distantes el uno de los otros, todos convergen, no solamente alrededor en una tarea personal claramente definida, sino que también podemos captar que se ordenan objetivamente alrededor de una figura casi geométrica... Como en las grandes misiones en la Iglesia, aquí también, los temas involucrados siempre conducen a respuestas que el cielo ofrece a las preguntas que se ponen en una etapa particular de la historia.*⁷

Entendemos así que el torrente de los carismas de Adrienne, en su discreto e impetuoso y disponibilidad.

⁵ *Ibíd.*, págs. 13-14

⁶ *Unser Auftrag*, publicado por primera vez en Johannes Verlag, 1984. Contiene la Regla del Instituto Secular fundado por Adrienne von Speyr y por el P. Hans Urs von Balthasar: Johannesgemeinschaft (Comunidad San Juan)

⁷ Hans Urs von Balthasar: *Book of All Saints*. Ignatius Press, San Francisco, 2008, Introducción. Citado en versión electrónica.

2. Los carismas de Adrienne

Al tratar de dar alguna forma a esta presentación, he querido buscar un punto de partida que pueda ilustrar de alguna forma la unidad en la diversidad. Digamos desde el principio que todo el desarrollo de una vida mística extraordinaria en dones y carismas, como la de Adrienne, tiene su nudo y su centro en la obediencia como verdadero carisma de disponibilidad mariana y eclesial a la Palabra de Dios.

A partir de su conversión, uno de los carismas que más rápidamente se manifestó fue el de su afinidad absolutamente fresca y vigorosa con la Palabra de Dios escrita. Ella recibió una gracia particular para conocer interiormente la Biblia, no solo en sus contenidos, percibidos en ambiente de oración en el mismo Espíritu que los inspiró, sino también en sus aplicaciones doctrinales y morales. Más aún, en muchos casos tuvo la gracia de experimentar los estados de alma de quienes recibieron la Revelación divina bajo inspiración. Así, pudo, por ejemplo, compartir con San Juan la experiencia de las visiones que dieron origen al Apocalipsis y elaborar todo un comentario espiritual de las mismas. Cuenta Balthasar que esta experiencia comenzó de manera inusitada en una tarde de buen clima, en la que ella, por su parte, estaba segura de que había comenzado una fuerte tormenta. Entonces, de repente, sin causa próxima ni remota aparente, comenzó a describir de tal manera lo que estaba viendo, que su dictado era el texto mismo de Apocalipsis 12 sobre la Mujer vestida del sol y con la luna de doce estrellas sobre su cabeza. Después, de la misma forma, pudo tener algunas de las visiones de Daniel y, describiéndolas tal y como las estaba percibiendo, resultaban en el texto prácticamente exacto del libro bíblico. Esto le permitió elaborar *toda una teoría acerca de las visiones apocalípticas, completamente basada en la principio de la disponibilidad pura y, por lo tanto, en la obediencia. En la visión, el vidente, que no está ni en la tierra ni en el cielo, está completamente objetivado "en el espíritu" y se convierte en un puro "testigo" de lo que ocurre ante sus ojos entre el cielo y la tierra.*⁸

Así surgieron sus grandes comentarios sobre la Escritura, dictados durante muchos años, para los cuales bastaba que ella tuviera ante sus ojos el texto que iba a comentar y se pusiera un momento en oración. Después de hacerlo, su discurso fue siempre tan claro y tan seguro que el dictado quedaba prácticamente listo para ser publicado.

Pronto comenzó a tener experiencias muy reales de participación en la pasión de Cristo. Su particularidad era que consistían en verdadera participación, como viviendo y en Semana Santa. Ella, que desde cuando vivió como protestante intuía el valor redentor del sufrimiento vicario, desarrolló una conciencia en extremo generosa y objetiva sobre esta tema. Ella quería sufrir para ayudar a Cristo sufriente en la obra de la salvación del mundo. Y para ella, Él era el único importante. Nunca hubiera comprendido que ella tuviera algo de parte en la obra misma de la salvación siendo ésta la obra del Hijo. Y sin embargo, sabía que sus sufrimientos podían ayudar, como los de la Madre, en la tarea de quien tenía que sufrir tanto. Su generosidad en este campo la llevó a explorar los campos más diversos de amor y del sufrimiento vicario. Atendía a sus pacientes prácticamente sin límites, en jornadas que hubieran extenuado al más resistente, siempre sonreía y siempre tenía espacio para escuchar. Su oración era tan intensa como su trabajo, o más quizá. Y se ofrecía todo y por todos. Se atrevió a pedir la gracia, que le fue concedida más allá de lo humanamente explicable, de una muerte dolorosa que pudiera servir por muchos. Y logró elaborar un concepto del sacrificio personal que pocas veces se ha elaborado con tanta claridad. Es verdad que, entre sus carismas, también están los estigmas y la corona de espinas, la experiencia de la lanza y la agonía, hasta el punto de que varias veces sintió estar más muerta que viva. Ella logró que el Señor le borrara las huellas externas, puesto que la aterrorizaba exhibir aquellas llagas

⁸ Ibíd., posición 416.

de las que tan indigna se sentía y además se sentía segura de la errónea interpretación de los que eventualmente pudieran verlas. Su capacidad para acoger el dolor nos deja un legado pocas veces igualado de valentía y luces de tipo teológico que estimulan a los cristianos más conscientes al seguimiento total de su Señor.

Pero en la Semana Santa de 1941, a pocos meses de su conversión, ocurrió algo totalmente impensable e inesperado que les hizo comprender que la misión incluía otras experiencias de dolor absolutamente inusitadas, que ella debía ofrecer por la salvación del mundo y que le servirían para explorar nuevas profundidades y misterios del dolor redentor, tal y como lo vivió nuestro Señor Jesucristo. El Padre Balthasar, testigo de la primera pasión vivida por Adrienne, *esperaba que el sufrimiento terminaría esencialmente con la muerte de Jesús, a las tres de la tarde del Viernes Santo.*⁹ Y, sin embargo, de manera sorprendente, todo siguió, de la manera más misteriosa y objetiva, como prolongación del abandono y como verdadero descenso de muerte, experiencia de sepultura, y sufrimientos prácticamente intraducibles al lenguaje humano.

Desde entonces, cada año por la misma época, en conexión con las experiencias de la pasión, ella fue llevada a profundas soledades y abandonos que le permitieron asomarse, desde los más insospechados ángulos, al misterio del descenso de Cristo a los infiernos. Estos "infiernos" como ella solía llamarlos, de permitieron *penetrar más profundamente* en el misterio de Cristo muerto entre los muertos *que ningún otro místico en la historia de la Iglesia*. Y le dieron luces realmente proféticas para ofrecer al mundo de hoy una presentación más objetiva del misterio del Sábado Santo, cuyo sentido más exacto está en *la obediencia que le permitió al Hijo cargarse real y existencialmente con todo el pecado del mundo*. Pudo ella, así también, percibir algo de *lo que significó para Él experimentalmente esa carga de pecado, los horizontales inconcebibles de sufrimiento que supone esta aterradora posibilidad, y todo esto siempre con nuevas visiones, perspectivas y cambios inesperados, en los que el sufrimiento se profundiza e intensifica, hasta la experiencia que luego ella apenas puede describir de lo que siente el Hijo con la eliminación del tiempo, la ansiedad y el abandono de Dios que a Él la corresponde vivir, la separación de los hombres y de la Madre, entre otras realidades*¹⁰.

Adrienne recibió todas estas manifestaciones extraordinarias como gracias para una misión que ella identificaría sólo como "amor". El cielo se abre para ella de una manera especial y la educa conduciéndola carismáticamente por los más diversos caminos. Y lo hace, no solo las experiencias referidas sino también por medio de muchos santos.

*A los seis años, en un a callejuela pendiente de La Chaux-de-Fonds, en día de Navidad, se encontró con un hombre que parecía pobre y que cojeaba ligeramente. Este hombre la habla y le pregunta si ella se quiere venir con él. Mucho más tarde, especialmente después de su conversión, ella lo ve en incontables ocasiones. Se trata de Ignacio de Loyola*¹¹, con quien siempre disfrutó de una relación muy estrecha. San Ignacio le presentó a San Juan, con quien luego también llegó a tener estrecha afinidad. Y San Juan fue el primero que se acercó a ella una noche, le entregó un ejemplar del Nuevo Testamento que había tomado de su misma mesita de noche, lo abrió en el prólogo de su Evangelio y comenzó a explicárselo.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*, pos. 479. Explica Balthasar en *Ibíd.* pos 467: *la misión de Adrienne, no solo incluyó e sufrimiento subjetivo de dolores corporales junto con Cristo y el padecimiento del alma en los abismos del dolor, sino también su articulación teológica precisa.*

¹¹ *Ibíd.*, pos. 263.

En noviembre de 1917, años quince años, ella relata lo siguiente: *Una mañana muy temprano... me desperté por causa de una luz dorada que llenaba toda la pared encima de mi cama y vi como un retablo de la Santa Virgen, rodeada de varios personajes... y de ángeles... Aunque era como un cuadro la Santa Virgen estaba viva, en el cielo, y los ángeles cambiaban de puesto.. Yo miraba, como en una oración sin palabras y me sentía maravillada; nunca había visto nada tan hermoso... Cuando la Santa Virgen desapareció, me arrodillé al lado de mi cama y creo quedé mucho rato en oración hasta que fue la hora de irme para el colegio.*¹²

De esta manera comienzan unas relaciones muy estrechas con la Santísima Virgen, con San Ignacio de Loyola y con San Juan Evangelista, que se prolongan en el tiempo y se va desarrollando como verdaderas amistades espirituales, de una manera tan ingenua como real. Pero no solo con ellos. Es digno de mención también su carisma de cercanía familiar con los santos, de quienes recibe "visitas" que la aclaran muchos aspectos de la espiritualidad cristiana. Ellos se le aparecen individualmente o en grupos y la introducen en asuntos propios de la vida del cielo. A muchos de ellos los entrevistó sobre su oración y logró compenetrarse con ellos de tal manera que podía describir desde dentro sus actitudes de piedad. Tenía especial simpatía por Teresita del Niño Jesús y por el Cura de Ars. *El Libro de Todos los Santos* es un monumento a la transparencia y a la actitud de confesión de los habitantes del cielo, que narran sus maneras de proceder, sobre todo en su relación con Dios, y hasta sus limitaciones terrenas, para que los que seguimos en esta peregrinación tengamos mejor noticia sobre muchos temas de vida espiritual.

En una ocasión, una voz venida del cielo en medio de un resplandor perceptible hasta por terceros le había dicho, en su lengua materna: "Tu vivras au ciel et sur la terre!" (Tú vivirás en el cielo y sobre la tierra.)¹³ Y eso define verdaderamente su existencia.

Además de muy abundantes estados místicos extraordinarios y de dones particulares, Adrienne recibió muchas gracias de curación física y espiritual en favor de sus pacientes. De algunas de estas curaciones prodigiosas se dieron cuenta familiares y conocidos. Pero ella se las arregló siempre para no aparecer en primera fila. Tenía una habilidad poco común para desaparecer de la escena cuando podía quedar comprometida y quería hacer el bien sin que nadie lo notara. Entre sus carismas, éste debe ser tenido en cuenta especialmente hoy, cuando se rinde tanto culto a las personalidades y se esperan aplausos y gratificaciones que no dejan espacio al cumplimiento de las sentencias evangélicas del Sermón de la Montaña: "tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará".¹⁴

Adrienne es implacable con todo lo que desorienta las miradas y las ponga sobre el propio yo. Por eso propone a sus amigos una actitud que ella llamaba "effacement" (liberalmente "borradura") que es la condición de quien voluntariamente, movido por su modestia, desaparece del centro de una escena y pasa desapercibido. Es lo contrario al protagonismo que tanto daño hace a la vida espiritual de muchos que podrían alcanzar altos grados de cercanía con el Señor si no se pusieran tanto cuidado a sí mismo. Y es una de las claves terapéuticas más extraordinarias en un mundo que logra toda clase de desequilibrios precisamente por poner el yo en tal alto puesto y tan expuesto a tan insoportables tensiones. Para Adrienne, la mirada del hombre tiene que ser siempre la del niño y sólo así entenderse con Dios y con la demás. También este camino la sirvió a ella para contemplar y para, luego, describir con tanta vivacidad las relaciones del Hijo frente al Padre.

Dijimos que el carisma de Adrienne es, ante todo, un carisma de obediencia. Después de esta breve e incompleta descripción de algunas de las gracias que ella recibió para la edificación de la Iglesia,

¹² Adrienne von Speyr: *Fragments Autobiographiques*. Editions Lethielleux, Paris, 1987, pág. 127.

¹³ Cf. Afrist *Glance at Adrienne von Speyr*, op. cit., pág. 34.

¹⁴ Mt 6, 4.6.18

confirmamos que para otros es ante todo virtud que se persigue con el esfuerzo constante de sometimiento a la voluntad de Dios, en ella es un verdadero carisma, porque ella es la que es su muy perfecta disponibilidad a la Gracias de Dios. Ella la permitió de Dios moldearla por su Palabra y entregó a Dios todo su ser de una manera ejemplar. En su aceptación amorosa del plan de Dios y en su completa disposición a vivir de manera cristológica toda su existencia. Hasta el punto de no rehuir la posibilidad de compartir con Cristo inclusive los abismos más profundos del Sábado Santo, podemos descubrir su secreto. Pero esta obediencia así de completa sólo se entiende a la luz y en la imitación de la "Esclava del Señor", de María, cuyo "sí" inmaculado resplandece purísimo al pie del de Cristo, en el centro mismo de la Revelación Cristiana. De esta manera, se trata de una obediencia que se vive en y desde la oración, especialmente desde la contemplación de la Palabra de Dios, en cuyos veneros, a semejanza del Discípulo Amado todos pueden descubrir las profundidades del amor trinitario. La indiferencia ignaciana, finalmente, que dispone a las almas para la plena conformidad de las almas con la voluntad divina por la dedicación total a la alabanza, la reverencia y el servicio de Dios, expresa de manera muy precisa que la obediencia de Adrienne es su carisma.

Cuando hace años, lo dice el mismo Padre Balthasar, impresionado traté de constatar teológicamente todo lo que se me había permitido testimoniar, el resultado fue que en esta gran misión se confirmaba de manera singular la sustancial inseparabilidad de gracia (charis) y de carisma (charisma), como disponibilidad sin reservas para cualquier cosa (en términos ignacianos, indiferencia y obediencia) que ofrece a la divina gracia la posibilidad de iniciar y de llevar a cabo con una persona todo lo que contiene el plan salvífico de Dios. En efecto, todas las gracias santificantes envuelven y conducen a una tarea y a una misión. Y en relación con lo místico, todo esto termina en un misticismo objetivo explícito porque la transparencia de la persona obediente excluye fundamentalmente aberraciones y distorsiones subjetivas, en la medida en que esta transparencia consiste nada menos que en el amor, esto es en la realidad más preciosa que una persona puede, desde su subjetividad propia y en cooperación con la gracia, ofrecerle a Dios.¹⁵

3. La misión eclesial de Adrienne von Speyr

En la libro *Una Primera Mirada a Adrienne von Speyr*, el Padre Balthasar califica la tarea de Adrienne como una "misión teológica". Trataremos de ofrecer algunas pistas de reflexión sobre este aspecto en la certeza de que la trayectoria misma iluminará las razones por las cuales hemos elegido aquí el título de "eclesial".

De lo que acabamos de exponer en este modesto aporte, se deduce que, en verdad, el suyo es un don de Dios para la renovación de muchos aspectos de los estudios teológicos en la Iglesia de hoy. Balthasar la afirmaba con pleno convencimiento: *Adrienne no duda en exponer a la luz rincones más ocultos de la Revelación, aquellos que la teología casi no se atreve a tocar, como por ejemplo: cómo, en la Encarnación del Hijo, la conciencia divina pudo asumir una conciencia humana; qué siente Él cuando instituye la Eucaristía; cómo experimentó sobre la Cruz el pecado del mundo; cómo pudo unirse su obediencia divino-humana a la experiencia del ser-muerto, al descender como muerto a los infiernos; etc. Y sin embargo, en ella no encontramos nada de curiosidad*

¹⁵ Libro de Todos los Santos, pos. 295

*o de predilección por lo excepcional o extraordinario. Su pensamiento permanece siempre en el centro del dogma y, a partir de ese centro, desarrolla incansablemente sus riquezas.*¹⁶

Sus lectores descubrirán casi inmediatamente su familiaridad con la Trinidad, a la que refiere todas sus exposiciones del dogma, de una manera vivencial y dinámica que hace que los estudios teológicos adquieran verdadera forma viva y actual de historia de la salvación. Con la ayuda de Adrienne es más fácil comprender que todo el misterio y todos los misterios de la fe, hasta la misma existencia humana, se desarrollan en las relaciones del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La centralidad de Cristo es evidente y se destaca su continua e inacabable penetración del misterio de la encarnación del Hijo cuyas infinitas consecuencias tocan todo lo que es humano, mientras logran poner el mundo de Dios en el nuestro y nuestro mundo en el de Dios. Gracias a Adrienne, quien estudia la teología advierte de una manera especial que el Verbo Encarnado es clave de lectura de todo el dogma, mientras se respeta delicadamente su condición divina inaferrable que lo hace siempre más que nosotros, siempre más que nuestros esquemas mentales o pastorales, siempre más grande, siempre más bondadoso, siempre más bello.

La soteriología también recibe una nueva luz a partir de sus experiencias de la Pasión y del Sábado Santo, cuyas descripciones precisas y objetivas ponen en movimiento dimensiones hasta ahora poco exploradas. En este centro tienen su origen los más variados aportes para una concreta renovación de la teología sacramental, la teología espiritual, la teología de los estados de vida y la escatología, entre otros. El amor extremo de la muerte y el descenso a los infiernos es la clave de comprensión de todo lo que es de Dios y de todo lo que es humano, cuando se contempla con la seriedad de la experiencia del Hijo que por obediencia llega a poner remedio hasta para las últimas consecuencias del pecado cometido por los hombres de todas las épocas. En ese punto del amor infinito que se traduce humanamente como Palabra dada a los hombres en el Espíritu de la Pascua, el encuentro del Padre y del Hijo es resurrección y es fuente de vida para toda la humanidad y para la Iglesia que nace del costado traspasado del Redentor y es como iniciada virginalmente en el consorcio de la Madre Virgen y del Discípulo Amado, quienes reciben "el testamento del amor divino"¹⁷ y a quienes corresponde poner este sí de la Nueva Alianza en el seno de la Iglesia naciente que, en la acogida del don del Espíritu, podrá entrar sin cesar en los mismos misterios que nos han dado la vida.

En Adrienne se resuelve de la manera más adecuada uno de los problemas prácticos de la mariología contemporánea. Si por una parte, la Iglesia quiere mirar sin complejos su tradición especial de amor y de dedicación a la Santísima Virgen, por otra, es innegable el embarazo de muchos hoy en día al tratar de confrontar los criterios de cristocentrismo prácticamente absoluto de los estudios modernos con la piedad mariana de los fieles. En Adrienne no hay duda de que el puesto que le corresponde a María en la teología no es secundario pero tampoco es protagónico. Entre más conoce a María y su participación en el misterio de la salvación, más puede hablar con propiedad del misterio mismo y de su protagonista, nuestro Señor Jesucristo. Y más puede describir la verdadera relación del cristiano con dicho misterio. María adquiere su luz del sol esplendoroso de Cristo y su maternidad es la maternidad de un sí que se ofrece a todos los cristianos de manera arquetípica, desde cuando abrazan sinceramente la revelación divina y responden a ella por la fe y por la conversión.

Su amor por la Iglesia y su amor de Iglesia son evidentes. Aunque parecería arriesgado pretender una eclesiología a partir de algún texto de Adrienne, ninguno de sus lectores duda de la enorme

¹⁶ Hans Urs van Balthasar: El Carisma de Adrienne. En: ISTRÁ: Actas del Simposio sobre la Misión Eclesial de Adrienne von Speyr, Mllán, Jaca Book, 1986, pág. 179-180

¹⁷ Misal Romano, II Edición típica en lengua española. Plegaria Eucarística V.

aportación que ella hace a los estudios sobre la Iglesia. Baste con pensar en lo que acabamos de mencionar de pasada, el sentido de la presencia de María y de Juan al pie de la Cruz, o bien, en los comentarios bíblicos en los que abunda la descripción de aspectos del ser y de la vida de la Iglesia, o sus descripciones de los apóstoles y de sus misiones específicas, o sus reflexiones sobre los estados de vida, sobre los institutos seculares, etc. Mientras que una tendencia contemporánea muy difundida olvida la mención de la Iglesia en muchos aspectos, hasta en la presentación del kerigma fundamental, las obras de Adrienne servirían a muchos para que aprendieran a dar su vida por la Iglesia. De la misma manera, mientras que muchos "usan" lo eclesial para expresar sus inclinaciones y preferencias casi políticas, tantas veces polarizando las conciencias entre observantes y laxos (para no hacer demasiado eco a la fastidiosa separación entre conservadores y liberales), en ella se encuentra una naturalidad y una frescura propiamente bíblicas en la comprensión del misterio de "la Católica", como fue llamada la Iglesia por algunos Padres y como ella la llamó algunas veces.

Y todo esto fue elaborado desde una afinidad interior con la Sagrada Escritura que representa un tesoro para la Iglesia. Quienes han leído sus comentarios saben que es imprescindible leerlos despacio, como en oración, ciertamente con disposición para la meditación y hasta para la contemplación. Su aporte en este campo es una respuesta carismática valiosísima para explicar el principio patrístico católico de interpretación bíblica que dice que la Escritura debe interpretarse en el mismo Espíritu que la inspiró. Esto no quiere decir que siempre haya que tener un carisma extraordinario como el de Adrienne para comprender la Biblia pero sí quiere decir que además de nuestro esfuerzo de acoger la Palabra de Dios en la oración (ojalá diariamente) tenemos un regalo nuevo en sus comentarios y exposiciones, que elevan nuestra mente y pueden nutrir nuestro espíritu.

Ya mencionado en la primera parte como carisma especial, merece ser destacado también aquí como elemento importantísimo de la misión de Adrienne, su ofrecimiento sacrificial con Cristo, en completa disponibilidad, a dolor, como servicio del plan divino de la salvación. Adrienne quiso siempre sonreír, vivir con sentido de humor, hacer sentir muy bien a todos los que la rodeaban y crear relaciones de simpatía y de caridad en donde fuera posible. Y sin embargo, pasó la mayor parte de su vida ofreciéndose por los demás y pidiendo la gracia de ser admitida en el número de los que, por amor, en comunión con el divino Redentor, se ofrecen cada día como sacrificio. El Padre Balthasar da testimonio de cómo impactó su capacidad de ofrecimiento y de sacrificio y cómo Dios realmente la tomó como víctima de amor por la Iglesia y por el mundo. Nada de extrañamiento que nuestra presencia en este congreso sea fruto de esos ofrecimientos.

Esta es una época de grandes vacilaciones doctrinales que padece una grave necesidad de asentamiento de las conciencias, evitando juiciosamente desconocer o retroceder en los logros y progresos que son legítimos en el desarrollo de la filosofía y de las ciencias. Ni el arqueologismo, ni un cierto clasicismo, ni el intergrismo, ocultos o manifiestos, han contribuido eficazmente a la solución de la problemática de secularización progresiva. Tampoco la han resuelto el desprecio de las formas, los trajes y los dogmas, el relativismo o el subjetivismo que se escudan bajo apariencias de libertades y derechos que se deben reivindicar. El verdadero problema no está en formas exteriores, a veces ciertamente importantes, de las cuales Adrienne, con San Ignacio, llegó expresarse hasta con cierto sentido del humor.¹⁸ El verdadero problema está en hacer cristianos, en iniciar a los que llegan a la fe y en hacer llegar a muchos a la fe por un ejemplo de vida que sea testimonio válido y atractivo, y por una predicación que sea limpia, cercana a la Divina Revelación y fresca. El verdadero problema está en construir comunidades cristianas tan sólidamente fundadas en la verdad revelada, en la práctica de las

¹⁸ A first glance, 33.

virtudes y en la caridad, que puedan responder adecuadamente por una adecuada pedagogía de la fe. Adrienne nos puede ofrecer muchos de estos elementos.

Frente a todo lo anterior, considero que no es extraño que haya sido el mismo cielo el que haya intervenido en nuestros tiempos ante una urgencia tan sentida, regalándonos esta misión extraordinaria. Como en épocas de grandes necesidades eclesiales Dios ha salido al paso de las crisis por medio de sus santos, hoy también, por medio de ellos y de manera carismática, sigue ofreciendo a su Iglesia la ayuda que necesita.

Por todas estas dimensiones de iluminación de la vida de la Iglesia en general y porque mi percepción y mi consiguiente testimonio brotan de una experiencia viva de renovación teológica y pastoral, siempre para bien de la Iglesia, quiero destacar el calificativo de "eclesial" para subrayar otro aspecto de la misión de Adrienne, que ciertamente complementa su aspecto teológico. Y lo hago además porque uno de los momentos más importantes para la difusión del conocimiento de la vida, obra y carisma de Adrienne fue el "Segundo Coloquio del Pensamiento Cristiano", convocado por un grupo de teólogos amigos del Padre Balthasar, bajo los auspicios del ISTRÁ.¹⁹ Ese "simposio" tuvo lugar entre el veintisiete y el veintinueve de septiembre de mil novecientos ochenta y cinco en Roma. En las actas, tanto en la introducción como en las conclusiones se percibe clara la alegría que ese acontecimiento de Iglesia representó para el Padre Balthasar. Y se capte también el entusiasmo de los teólogos que conocen y admiran al Padre Balthasar que, movidos por sus enseñanzas sobre Adrienne, quieren profundizar todo lo que puedan en sus escritos. Veo, así, en el mismo camino, este nuestro encuentro y los esfuerzos de quienes en diversas partes del mundo comienzan a difundir el conocimiento de la vida y obra de Balthasar y Adrienne.

Felicito a la Fundación Maior por esta labor y, consciente de las limitaciones de este aporte, quiero terminar dando gracias a Dios que nos permite disfrutar de dones tan grandes y que nos da la oportunidad de crecer al lado de estos autores que llevan siempre al centro del Misterio, en donde encontramos toda la luz, toda la paz y todo el amor, en el seno de la Trinidad Eternal, a quien sean todo honor y toda gloria.

¹⁹ Istituto di Studi per la Transizione, ISTRÁ. Las actas de este segundo coloquio fueron publicadas en 1986.